

avanzar la ciencia en dos ó tres siglos; y ya que no pudo evitar el mal, al menos lo remedió; porque alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, se constituyó como un centro de un gran sistema al rededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos; reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables. Halló las escuelas en la mas completa anarquía, y él estableció la dictadura. Dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, embellecido y realzado con su santidad eminente. Así comprendo la mision de santo Tomás, así la comprenderán cuantos se hayan ocupado en el estudio de sus obras, nocontentándose con la rápida lectura de un artículo biográfico.

Y este hombre era católico, y es venerado sobre los altares en la Iglesia católica; y sin embargo su mente no se halló embarazada por la autoridad en materias de fé, y su espíritu campeó libremente por todos los ramos del saber, reuniendo tal extension y profundidad de conocimientos que parece un verdadero portento, atendida la época en que vivió. Y es de advertir, que en santo Tomás, á pesar de ser su método tan escolástico, se nota no obstante lo mismo que hemos hecho observar ya con respecto á los escritores católicos que mas se distinguieron en aquellos siglos. Raciocina mucho, pero se conoce que desconfía de la razon, con aquella desconfianza cuerda, que es señal inequívoca de verdadera sabiduría. Emplea las doctrinas de Aristóteles, pero se advierte que se hubiera valido menos de ellas, y se habria ocupado mas en el análisis de los santos Padres, si no hubiera seguido su idea capital que era hacer servir para la defensa de la religion la filosofía de su tiempo.

Mas no se crea por esto que su metafísica y su filosofía moral, sean un fárrago de cavilaciones inexplicables, cual parece debiera prometerlo su época; no: y quien así lo creyera manifestaria haber gastado pocas horas en su estudio. Por lo que toca á metafísica, no puede negarse que se conoce cuales eran las opiniones á la sazón dominantes; pero tambien es cierto que se encuentran á cada paso en sus obras trozos tan luminosos sobre los puntos mas complicados de ideología, ontología, cosmología y psicología que parece que estamos oyendo á un filósofo que escribiera despues que las ciencias han hecho los mayores adelantos.

Ya hemos visto cuáles eran sus ideas en materias políticas; y si menester fuese, y lo consintiera la naturaleza del escrito, podría presentar aquí muchos trozos de su *tratado de leyes y de justicia*, donde se nota tanta solidez de principios, tanta elevacion de miras, un tan profundo conocimiento del objeto de la sociedad, sin olvidar la dignidad del hombre, que no asentarían mal en las mejores obras de legislacion que se han escrito en los tiempos modernos. Sus tratados sobre las virtudes y vicios en general y en particular, agotan la materia; y bien se podría emplazar á todos los escritores que le han sucedido, para que nos presentasen una soia idea de alguna importancia, que no estuviese allí desenvuelta, ó cuando menos indicada.

Sobre todo, lo que se repara en sus obras, y esto es altamente conforme al espíritu del Catolicismo, es una moderacion, una templanza en la exposicion de las doctrinas, que si la hubiesen imitado todos los escritores, á buen seguro que el campo de las ciencias se hubiera parecido á una academia de verdaderos sabios, y no á una ensangrentada palestra donde combatían encarnizadamente furibundos campeones. Basta decir que es tanta su modestia, que no recuerda un solo hecho de su vida privada ni pública; allí no se oye mas que la palabra de la inteligencia que va desenvolviendo sosegadamente sus tesoros; pero el hombre, con sus glorias, con sus adversidades, con sus trabajos, y todas esas vanidades con que nos fatigan generalmente otros escritores, todo esto allí desaparece, nada se ve (15).

CAPITULO LXXII.

CREO haber vindicado completamente á la Iglesia católica de los cargos que le hacen sus enemigos por la conducta que observó en los siglos XI y XII con respecto al desarrollo del espíritu humano. Sigamos á grandes pasos la marcha del entendimiento

hasta nuestros tiempos, y veamos cuáles son los títulos que la Reforma nos presenta, para que pueda merecer la gratitud de los amantes del progreso del humano saber.

Si no me engaño, las fases del entendimiento despues de la restauracion de las luces comenzada en el siglo xi, fueron las siguientes: primero se sutilizó, amontonando al propio tiempo erudicion indigesta; en seguida se criticó, entablado oportunamente graves controversias sobre lo que de sí arrojaban los monumentos; y por fin se meditó, inaugurando la época de la filosofía. Dialéctica y fárrago de erudicion, caracterizan al siglo xi y siguientes hasta el xvi; crítica y controversia, forman el distintivo del xvi y parte del xvii; el espíritu filosófico comienza á dominar á mediados del xvii, y continúa dominando todavía en nuestros tiempos.

¿Qué provecho trajo el Protestantismo, con respecto á la erudicion? Ninguno. La encontró ya amontonada; lo probaré de una manera bien sencilla: brillaban á la sazón Erasmo y Luis Vives.

¿Contribuyó á fomentar el estudio de la crítica? Sí: como una enfermedad que diezma á las naciones promueve el adelanto de la medicina. Mas no se crea que sin la falsa Reforma no hubiera cundido la afición á esta clase de trabajos; á medida que se desenterraban monumentos, que se difundía el conocimiento de las lenguas, que se poseían noticias mas claras y exactas sobre la historia, natural era que se tratase de discernir lo apócrifo de lo auténtico. Los documentos estaban á la vista, se los estudiaba de continuo, por ser este el gusto favorito de la época; ¿cómo era posible que no se despertase afición al exámen de los títulos por los cuales se atribuían á este ó aquel autor, á tal ó cual siglo, y hasta que punto la ignorancia ó la mala fe, habían alterado quitado ó añadido?

A este propósito recordaré lo que sucedió con las famosas Decretales de *Isidoro Mercator*. Corrian sin contradicción en los siglos anteriores al xv, merced á la ignorancia de la antigüedad y de la crítica; pero tan pronto como se tuvo mayor copia de datos y conocimientos, comenzó á bambolear el edificio del impostor. Ya en el siglo xv, atacó el cardenal de Cusa la autenticidad de algunas Decretales que se suponían anteriores al papa Siricio; las reflexiones del sabio cardenal abrieron el camino á los que se propusieron combatir las otras. Entablóse seria disputa, y como

era natural tomaron parte en ella los protestantes; pero ciertamente que lo mismo se habría verificado entre los escritores católicos. Cuando se leían los códigos de Teodosio y Justiniano, las obras de los autores antiguos, y las colecciones de los monumentos eclesiásticos, era imposible que no se advirtiese que en las falsas Decretales se hallaban sentencias y fragmentos de escritos que pertenecían á épocas posteriores al tiempo en que se las suponía; y que por consiguiente no viniera primero la sospecha, y luego la demostración del engaño.

Lo propio que de la crítica, puede decirse de la controversia; no habría esta faltado aun suponiendo la unidad de la fe; y en prueba de esta verdad basta recordar lo que aconteció entre las escuelas católicas. Y si esto se verificaba cuando tenían á la vista al enemigo común, bien se deja entender que á no estar distraídas por él, se habrían entregado á la polémica con mas vivacidad y calor.

Ni con respecto á la crítica ni á la controversia, llevan ventaja los protestantes á los católicos; porque si bien es verdad que no todos nuestros teólogos comprendieron la necesidad de hacer frente á los enemigos de la fé con armas mas sólidas y mejor templadas que las que se tomaban del arsenal de la filosofía aristotélica, también es cierto que fueron muchos los que se levantaron á la altura debida, haciéndose cargo de toda la gravedad de la crisis, y de la urgente necesidad de introducir en los estudios teológicos modificaciones profundas. Belarmino, Melchor Cano, Petau, y otros muchos que fuera fácil citar, son hombres que en nada ceden á los mas aventajados protestantes, por mas que se quiera exagerar el mérito científico de los defensores del error.

El conocimiento de las lenguas sábias debía contribuir sobre manera al progreso de la crítica y de la bien entendida polémica; y yo no veo que ni en la latina, ni en la griega, ni en la hebrea se quedaran rezagados los católicos. ¿Fueron por ventura enseñados en la escuela protestante Antonio de Nebrija, Erasmo, Luis Vives, Lorenzo Valla, Leonardo Aretino, el cardenal Bembo, Sadoletto, Pogge, Melchor Cano, y otros innumerables que podría recordar? ¿No fueron los papas quienes dieron el principal impulso á aquel movimiento literario? ¿No fueron ellos quienes protegían con la mayor liberalidad á los eruditos, quienes les dispensaban honores, quienes les suministraban recursos, quienes costeaban la adquisición de los mejores manuscritos? ¿Se ha ol-

vidado por ventura que se llevó hasta el extremo la afición á la culta latinidad, y que algunos eruditos escrupulizaban en leer la Vulgata por temor de contagiarse con el encuentro de palabras poco latinas?

En cuanto al griego, no hay mas que recordar las causas de su propagacion en Europa, para convencerse de que el adelanto en esta lengua no es debido á la falsa Reforma. Sabido es que con la toma de Constantinopla por los turcos, aportaron á las costas de Italia los restos literarios de aquella infortunada nacion; en Italia comenzó el estudio serio de la lengua griega; y desde la Italia se estendió á la Francia y demas países de Europa. Medio siglo antes de la aparicion del Protestantismo, ya enseñaba en Paris la lengua griega el italiano Gregorio de Tiferno. En la misma Alemania, florecia á fines del siglo xv y principios del xvi, el célebre Juan Reuchlin, que enseñó el griego con lustre y gloria, primero en Orleans y Poitiers, y últimamente, en Ingolstadt. Reuchlin poseia este idioma con tanta perfeccion, que hallándose en Roma interpretó tan felizmente y leyó con pronunciaci3n tan pura un pasaje de Tucydides en presencia del célebre Argyropilo, que admirado este exclamó: *Græcia nostra exilio transvolavit Alpes.*

Por lo tocante al hebreo, insertaré un notable pasaje del abate Goujet: "Los protestantes, dice, quisieran el honor de pasar por los restauradores de la lengua hebrea en Europa; pero les es preciso reconocer que si algo saben en este punto, lo deben á los católicos, que han sido sus maestros, y de quienes nos ha venido todo lo que tenemos de mejor y mas útil relativo á las lenguas orientales. Juan Reuchlin, que pasó la mayor parte de su vida en el siglo xv, era ciertamente católico, y fué uno de los mas hábiles en la lengua hebrea, y el primero de los cristianos que la redujo á un arte. Juan Wessel de Groningue le habia enseñado en Paris los elementos de dicho idioma, y él á su vez tuvo otros discípulos á quienes comunicó la afición á su estudio. El ardor por la lengua hebrea se avivó en occidente por el impulso de Pico de la Mirándula, perteneciente tambien á la comunión de la Iglesia romana. De los herejes del tiempo del concilio de Trento que sabian esta lengua, la habian aprendido los mas en el seno de la Iglesia que habian abandonado; y sus vanas sutilezas sobre el sentido del Texto excitaron mas y mas á los

verdaderos fieles á profundizar una lengua, que tanto podia contribuir á su propio triunfo, y á la derrota de sus enemigos. En esto no hacian mas que seguir el espíritu del papa Clemente V, quien ya desde principios del siglo xiv habia mandado que para instruccion de los extrangeros se enseñasen públicamente el griego, el hebreo, el caldeo y el árabe en Roma, Paris, Oxford, Bolonia y Salamanca. El designio de este papa que tan bien conocia las ventajas que resultan de hacer los estudios con solidez, era hacer brotar del estudio de las lenguas un mayor raudal de luces á propósito para ilustrar á la Iglesia, y formar doctores capaces de defenderla contra el error. Proponíase particularmente renovar el estudio de los Libros Santos con el de las lenguas, y sobre todo del hebreo; queria que la Sagrada Escritura, leida en su original, pareciese todavía mas digna del Espíritu Santo que la dictó; y que conocidas mas de cerca su elevacion y sencillez, se la acatase con mas reverencia, de suerte que sin perder nada el respeto debido á la version latina, se sintiese que el conocimiento del Texto original era todavía mas útil á la Iglesia para apoyar la solidez de la fé y cerrar la boca á la herejía." (*El abate Goujet, Discurso sobre la renovacion de los estudios eclesiásticos desde el siglo xiv.*)

Una de las causas que mas contribuyeron al desarrollo del entendimiento humano fué la creacion de grandes centros de enseñanza donde se reuniese lo mas ilustre en talento y sabiduría; y desde los cuales se difundieran los rayos de la luz en todas direcciones. Yo no sé como se ha echado en olvido que este pensamiento nada debe á la falsa Reforma, y que la mayor parte de las universidades de Europa son fundadas mucho tiempo antes del nacimiento de Lutero. La de Oxford fue establecida en el año 895; la de Cambridge en 1280; la de Praga en Bohemia, en 1358; la de Lovaina en Bélgica, en 1425; la de Viena en Austria, en 1365; la de Ingolstadt en Alemania, en 1372, la de Leipsick, en 1408; la de Bale en Suiza, en 1469; la de Salamanca, en 1200; la de Alcalá, en 1517; no siendo preciso recordar la antigüedad de las de Paris, Bolonia, Ferrara y otras muchas, que se habian adquirido el mas alto renombre largo tiempo antes de que apareciese el Protestantismo.

Sabido es que los papas intervenían en la fundacion de las universidades, que les otorgaban privilegios y las favorecian con

ilustres distinciones; ¿cómo se ha podido pues afirmar, que en Roma se abrigaba el designio de ahuyentar la luz de las ciencias, manteniendo á los pueblos en las tinieblas de la ignorancia? Cual si la Providencia hubiese querido confundir á los futuros calumniadores, apareció el Protestantismo precisamente en la época en que bajo la protección de un gran papa se desplegaba el mas vivo movimiento, en las ciencias, en las letras y en las artes. La posteridad que juzgará imparcialmente nuestras disputas, pronunciará á no dudarlo, un fallo muy severo contra los pretendidos filósofos, que se empeñan en encontrar en la historia pruebas irrefragables de que el Catolicismo embarazaba la marcha del entendimiento humano, y de que los progresos de las ciencias fueron debidos al grito de libertad levantado en el centro de Alemania. Sí: á los hombres juiciosos de los siglos venideros, como tambien del presente, les bastará para fallar con acierto el recordar, que Lutero comenzó á propalar sus errores *en el siglo de Leon X.*

No era á la sazón el oscurantismo el cargo que se podia hacer á la corte de Roma; ella marchaba á la cabeza de todos los adelantados, ella los impulsaba con el celo mas vivo, con el entusiasmo mas ardoroso. Por manera, que si algo habia que reprender, si algo habia que pudiese desagradar, era mas bien el exceso que el defecto. No lo dudemos: si un nuevo san Bernardo se hubiese dirigido al papa Leon X, por cierto que no le reconviniere de abuso de autoridad en contra del entendimiento humano, ni en daño del progreso de las luces.

“La Reforma, dice Chateaubriand, penetrada del espíritu de su fundador, fraile envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de las artes. Quitando la imaginación de entre las facultades del hombre, cortó al genio sus alas, y le puso á pié. Estalló con motivo de algunas limosnas destinadas á levantar para el mundo cristiano la Basílica de san Pedro: los griegos no hubieran ciertamente negado los socorros pedidos á su piedad para edificar el templo de Minerva.

“Si la Reforma desde su principio hubiese alcanzado un completo triunfo, habria establecido al menos por algun tiempo, una nueva barbarie. Tratando de superstición la pompa de los altares, y de idolatría las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, se encaminaba á desterrar del mundo la elocuencia y

la poesía, en lo que tienen de mas grande y elevado, á deteriorar el gusto repudiando los modelos, á introducir algo de seco, frío y quisquilloso en el espíritu, á sustituir una sociedad dura y material á otra sociedad acomodada é intelectual, á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de la operación mental. Estas verdades las confirma la observancia de un hecho.

“Las diversas ramificaciones de la religion reformada, han participado mas ó menos de lo bello, á proporcion que se ha alejado mas ó menos de la religion católica. En Inglaterra donde se ha conservado la gerarquía eclesiástica, las letras han tenido su siglo clásico; el luteranismo conserva todavía algunas centellas de imaginación, que el calvinismo procura apagar; y así van descendiendo las sectas, hasta el cuáquero que quisiera reducir la vida social á la grosería de los modales, y á la práctica de los oficios.

“Segun todas las probabilidades Shakspeare era católico; Milton, es evidente que imitó algunas partes de los poemas de Sainte Avite, y de Masenius; Klopstock ha tomado lo principal de las creencias romanas. En nuestros tiempos la elevada imaginación no se ha manifestado en Alemania, sino cuando el espíritu del Protestantismo se ha enflaquecido y desnaturalizado. Goethe y Schiller encontraron de nuevo su genio tratando objetos católicos; Rousseau y madama de Stael son ilustres excepciones de esta regla; pero, ¿eran tal vez protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma acuden los pintores, los arquitectos y los escultores de las sectas disidentes, á buscar las inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger. La Europa, mejor diré, el mundo, está cubierto de monumentos de la religion católica; á ella es debida esa arquitectura gótica que por sus detalles rivaliza con los monumentos de la Grecia, y que los sobrepuja en grandor. Tres siglos van desde el nacimiento del Protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América, es practicado por millones de hombres; y ¿qué es lo que ha edificado? os manifestará ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de los tiempos, á la sabiduría de los antiguos, el Protestantismo se separó de todo lo pasado, para